

La Sra Dunfee , Helen y yo.

Marian Gómez - Campoy



Capítulo 1

Alguien grita quieto y yo me quedo congelado en la puerta de la entrada. Desde allí veo que un Donuts rueda por el suelo y va a parar al hueco que ha quedado entre mis Allstar. No me atrevo a mover ningún músculo. No quiero espachurrarlo. Sonido de la puerta y un empujón que me obliga a inclinarme hacia el lado derecho. Me mantengo en mi sitio. No desplazo los pies. Me da tiempo a observar, con el movimiento, que el Donuts es de azúcar y que tiene un pequeño agujero de color bermellón brillante que sabe en la distancia a mermelada de frambuesa. La Sra. Dunfee, sin levantarse de su asiento, acerca su mano hacia el Donuts, lo recoge diciendo cosas que no entiendo, y lo deja en un hueco sobre la encimera en la que está sentada de espaldas a todo, pero atenta a cualquier detalle. En la caja, Clarise se disculpa con Terence, el carnicero de la esquina, por ser tan torpe. Le da un nuevo bollo y a la par que Clarise le devuelve el cambio, el hombre lo despieza y engulle en cuatro bocados antes de salir de la tienda. Cuando pasa por mi lado gruñe en formato saludo con la boca llena y me da una palmada en el hombro llenándome la chaqueta de una película blanca y pringosa. Me la sacudo. A las ocho de la mañana el Dunkin Coffee de la 55 West entre la quinta y la sexta avenida, huele a café y a soledad y suena a prisas y a cosmética barata.

Como cada mañana la Sra Dunfee se ha quitado los rulos de la parte delantera. Se le suelen caer al suelo. La gente cuando entra los recoge sin mirar y los vuelve a dejar sobre la mesa porque intuyen que es el sitio que les corresponde. Mientras toma su desayuno, la señora Dunfee se mira a través de un pequeño espejito. De vez en cuando echa un vistazo a la retaguardia. Luego vuelve de nuevo al espejo para colocarse lo pelos que a los más de setenta años se rebelan contra la decadencia. Yo me siento a su lado para observarla mientras dejo que mi chocolate espolvoreado con azúcar glass se enfríe un poco. El tacto de la taza ardiendo me recuerda la última vez que mi madre me sacó a rastras de aquí. Me llevó de nuevo a esa escuela de chicos Down donde dicen que todos son especiales como yo. A mí me hace sentir especial como los otros. Recuerdo que aquel día tuve que engullir el líquido espeso de un trago mientras mi madre me agarraba del brazo para sacarme a la calle. Se deslizó descuidadamente por la garganta abrasando todo lo que encontró a su paso. Mientras yo lloraba y me agarraba a la silla con las dos piernas, la señora Dunfee terminaba, tan tranquila, de tomarse los restos de mi taza aún humeante.

Cuando miro con detalle a la señora Dunfee me parece que su torso es como mi bebida, negra y esponjosa, y me da la sensación de que si la estrujo se abrirá como un bizcocho y derramará por los costados litros de crema espesa y dulce. La señora Dunfee se limpia la boca con una servilleta. Despliega sobre la encimera unos paquetitos de papel que va

desenvolviendo cuidadosamente y que contienen bases y polvos de maquillaje, sombras y lápices de ojos, delineador de labios y carmín. Los coloca por orden. Dibuja y colorea con cuidado su rostro con pinceles y lápices y polvos de colores, para cambiarlo por otro que le convence más que el que tiene. Yo tengo la tentación de alargar la mano y hacer lo mismo. Crear una cara que no sea tan plana, y unos ojos que no estén orientados hacia arriba, y una nariz que no tenga el tabique aplastado. A excepción de esto, soy un hombre corriente. Sólo tengo que evitar que mi lengua, más grande de lo normal, se me salga fuera de la boca.

Cuando termina de usar las pinturas, la señora Dunfee, las envuelve con cuidado y las coloca en la bolsa de PVC de cuadros blancos, azules y rojos que tiene al lado de la silla. Todo su equipaje.

La hora a la que la señora Dunfee se coloca la bolsa de PVC sobre la espalda y se dirige a la puerta coincide con la de Helen que entra: camina hacia la caja, tuerce el gesto y se tapa la nariz, cuando ambas se cruzan, dejando que su cabello rubio y lacio le caiga hacia delante como una cortina. Mientras espera la fila da golpecitos en el suelo con el pie y cruza los brazos sobre el pecho dejando una mano sin guante, con el dinero justo del desayuno, sobre el brazo izquierdo. Yo me quedo con la boca abierta, y la lengua fuera, y me huelo los sobacos pensando en la mala suerte de que precisamente hoy me haya olvidado de aplicar la crema desodorante.

La señora Dunfee sale a la calle. Yo también. Observo que le cuesta un poco sujetarse sobre unas piernas delgadas y secas con aspecto blanquecino y sin medias que asoman bajo una falda floreada de colores oscuros. Se va hacia la sexta avenida y le pierdo la pista. Detrás de mí oigo de nuevo a Helen que se acerca con su café en la mano. Trata de darle un sorbo y lo aparta. Le está contando a alguien por teléfono que esa mujer le revuelve el estómago todas las mañanas y nadie hace nada por echarla de allí. Como si no la vieran. Helen tampoco me ve a mí. Yo me levanto para chocarme con ella. Consigo tocarla. Me aparta con un disculpe. Yo contesto nada con la lengua fuera. Se marcha apresurada haciendo equilibrio sobre unos zapatos negros de tacón de aguja. Se parecen a los que perdió en Central Park cuando corrí tras ella a la salida de su trabajo. No conseguí alcanzarla. Ella estuvo semanas sin ir por la cafetería.

En la calle, mi madre pega un grito desde el otro lado. Me dice: quédate quieto donde estás. Cruza sin mirar. Un Taxi frena en seco delante de ella. Casi la atropella. De repente un gesto. Dice: Me rindo. Yo la entiendo por el movimiento de los labios. Mi madre se monta en el Taxi y se marcha a toda velocidad dejándome plantado. No mira hacia atrás. Yo le digo adiós con la mano e inmediatamente salgo detrás de Helen y la señora Dunfee. Las localizo a lo lejos caminando cada una por una acera.